

# LIBREDON y COMPOSTELA

(ESTUDIO TOPONIMICO)

A mi maestro Dr. Moralejo

Por Luis MONTEGUDO

EN LA poca tranquilidad este se dedica a trabajar, no la de derrocar y perarandas etimologías, pro uero de profundos estudios filológicos de célebres autoridades en la materia —aunque hoy acaso algo anticuadas—, su o sapiencia a el aportar a gran dato más a la ciencia filológica gallega y, especial, a la historia de la ciudad de Apóstol, que es a de nuestra Galicia y parte esencial de la de España.

El método filológico en general usado por los investigadores del siglo pasado y principios de éste, trataba d adoptar el objeto e estudio a preconcebidas realidades que juzgaban inmutables; el resultado el imple no era positivo, si bien a costa de mostruosas extorsiones del objeto estudio o, que lo desnaturalizaban, sacando todo con lineasas proyecciones imaginativas.

La crítica moderna exige métodos más científicos. Si nos dispusiéramos a estudiar un topónimo ubicado en un castro no los debemos dejar de ver del prejuicio de que esa palabra tiene forzosa moe e que significar: fortificación, necrópolis, santuario druidico etcétera.

Los tiempos pasan y con ellos la lengua y, cubiertos de moho, los monumentos que algún día expresaron el modo de ser, de vivir o de pensar de una colectividad. No consideraban aquellos investigadores que los altorres leves d un templo atálica de Pérgamo, cumbre de la expresión trágico, estético, a habian ca servir de humildes mampuestos de una construcción bélica antes de su honrosa reivindicación en el Pergameum berlínés; y que, al llegar tan lejos, junto al puente romano de la Cigarrosa, en Petli de Valdeorras, los ignaros campesinos están, des de tiempo inmemorial, cavando sus viñas, con la táctica venia d autoridades que debieran atajar lo; encima de espáñidos mosaicos, que fieda tendrían que abandonar al de Toledo, muy similar; et sic de alias...

El pueblo nunca fué arqueólogo, todo lo más podemos considerarlo como dpositario de poéticas tradiciones y para eso no del todo fiel, pues con frecuencia las deturpa, o lo que es más triste y en nuestros momentos más notorio, las o vida. El campesino gallego nunca interpretó con criterio logico ni científico lo que su según levantaba en rozas y estivas das. Ante nosotros mismos se tomó por un santo con grandes orejas un hacha de talón del Bronce III con dos asas, y de estas confusiones, hijas de una pafante pero vilada imaginación, pudiéramos citar abundantes y curiosísimos casos.

De aquí que tanto el filólogo como el arqueólogo en Galicia debían decañiar siempre de significado arqueológico que a primera vista nos parece pudieran encerrar algunos sombros de lu-

gar rebeldes al bisturi investigador.

Por todo esto nuestro método en este estudio será diverso al criticado: primeramente estudiaremos en el objeto de investigación, luego lo sometemos a la piedra de toque de la realidad, después, allá al fondo permanece r imposible la duda, triste y brumoso componente esencial de todo lo histórico y humano.

Y penetremos en la maraña, en la oscuridad, esto es: en la materia; a ver si una vez dentro logramos vislumbrar un camino y una lucecita por los que podamos salir, ilustrados, a la luz exterior de a verdad.

Advertimos que sólo un artículo de periódico y nuestra escasa memoria componen la bibliografía consultada; trataremos de suplirla con el sentido común.

A exprimir el cerebro tocán.

Los nombres primitivos de la ciudad de Apóstol son Libredón y Compostela. Con el «Área marmórea» (los «marmoreis arcubus» de la Compostelana o las marmoreis lapidas de un documento de 1077) se indica solamente el sitio o templo donde estuvo enterrado el Apóstol hasta su descubrimiento en tiempos del obispo Teodomiro; y el topónimo Soloviz, conservado hasta hoy en la iglesia de S Félix hace referencia a un terreno, cubierto acaso por un emparado, al pie del cual estaba situado el célebre eremitorio del monje Pelagius.

Examinemos detenidamente el nombre de Libredón; a primera vista por su terminación se nos muestra como aumentativo; como párese p. e. o siguientes: Mouriscón, Esteirón, Ferreirón, Gorgullón, Lameirón, Gañdarón, etcétera, que no son sino aumentativos de Mourisca, Esteiro, Gorgullo, Lameira y Gañdara. Según nuestros estudios a veces este sufixo, óna es más exactamente un abudativo, denotando sitio donde abundan ciertas cosas (plantas determinadas, barro, humedad, etc.). Ahora bien el Libredón este sufixo óna está sobre otro también muy copioso «-edo» (del lat. «-etu»), simplemente colectivo pero en especial referido a plantas y árboles: Abrodo, Abrufedo, Alledo, Carballeda, Carrasquedo, Cerceda, Castañedo, Espadafedo, Figueiredo y muchísimos más, los cuales no requieren explicación.

Pero hemos observado que este sufixo se «p» también para indicar colección de cosas que no son plantas, p. e.: Ferventedo (sitio donde hay ferventzas, calendas), Dorneda (costa donde existían dordas, pequeñas embarcaciones), Cotaredo (mo de varias cotas) Lamedá (ugar donde hay lama, fango), Osedo (lugar abundante en osos o huesos), Coruxedo (sitio donde hay coruxas), lechuzas) etc.

Ahora sólo nos queda la primera parte de la palabra del tema; Libre... sería de muy fácil derivación a primera vista, pero en etimología toponímica, va ga el oxymoron lo fácil acostumbra a ser difícil. En ningún topónimo de los muchos que hemos mencionado, hemos encontrado una composición semántica semejante a la de «Libertum Donum» de a Compostelana y otros documentos, sin duda una de tantas falsas latinizaciones.

De los dos sufixos señalados nos es permitido inferir que Libredón; decañ a sitio donde abunda íntegramente algo, este algo está significado por Libre... que creemos con bastante seguridad procede del latín lepore... (lebre). La «-» se explica, primero, porque el nombre se nos transmitió por documentos cultos, en que influye íntegramente la latinización «Libertum Donum», no por vía auditiva o popular, acaso el pueblo pronunciaría Libredón;

segundo por disimulación de las dos «-e», con influencia de la palabra libre; al olvidar el pueblo el origen de su significado.

De lo que aquí expuesto podemos inferir con alguna base, no exenta coh-f-samos, de cierto atrevimiento, que Libredón significa sitio donde abundan mucho las lebres. Esto hasta extraño es en Galicia donde hay tantos montes Libreiro, Lebreiro, Libureo y Lebreo, (e Libreiro de Cangas es precisamente un castro, como el Libredón compostelano).

Casualmente el poeta Marcial, pocos años después del sepelio del Apóstol, dice en su célebre epigrama X 37, refiriéndose a las ubérrimas tierras del «Galliaus Oceanus»... Allá abajo más veces que seaban de ser retiradas de un abismo conjado de peces retendrán las lebres en sus mallas todavía húmedas.

Los mismos documentos medievales nos hablan de que Libredón era un monte cubierto de espigas zarzas y arbustos frutíferos sylvarumque spissitudinis... co-operta.

Si no, se resiente esta teoría de la falta de un documento de carácter popular en que constara la forma Libredón, sin embargo, además de las atenuantes expuestas, consúltese los dubs Libreiro y Libureiro, Lebreo y Libureo. Por otra parte, tampoco estaba de más la existencia de un topónimo Lebreo, sobre el cual se formaría el aumentativo intensivo Libredón, buscándolo con ahietad por todas partes el fin lo encontramos escondido en



tre tales ras cotas, como apellido, seguidamente supusimos que procedía de un topónimo, de un lugar donde abundaban lebres; en efecto, poco después halláramos la comprobación: en los concejos de Crañ y El Franco, en Asturias, hay sendos Lebreos.

Con todo, aún nos faltaba el caso paralelo diametralmente comprobante. En Galicia ya habíamos obtenido un Coruxo, Coruxedo (sitio donde hay coruxas lechuzas) y Coruxón, pero nos faltaba aún la clave: el Coruxedón, conteniendo los dos sufixos juntos, como Libredón. También tuvimos la fortuna de encontrarlo: en Galicia y Castilla abundan los topónimos Saeceda y Saecido (sitios creemos donde abunda el jaramago, la jurisperita herba salax de Ovílio), y en Guadalupe y Cuenca: Saecón y Saecobello. ¿Que más se puede pedir? Claro que algunos nos podrán



«Aguafuerte» de Compostela

objetos que el nombre Libredón era el que ya tenía el bosque a la llegada de los discípulos del Apóstol con el cuerpo de su Maestro; confesamos que si así fuera quedaría echada por tierra nuestra teoría, pues no se puede hablar de palabras ístinas en la Galicia céltica, máxime teniendo en cuenta que la romanización aquí no puede retrotraerse antes de la época de Trajano; mas, sinceramente, deseábamos de que los primeros documentos que describan el hecho apostólico sean ga-

En cuanto al topónimo Compostela, la penetración celtica de Amo; Ruibal, hace 38 años ya, lo dijo todo.

Contra la opinión de López Ferreiro (que asienta a la etimología tradicional) y popular: Campus Stellae) afirmó con sólida base que procedía de compostum o compostum, forma del verbo compositum, ya usado en latín clásico con el sentido traslativo de enterrar.

Compostela es, pues, una palabra derivada del participio sustantivado compostum más el sufixo daverbativo —«a relativamente abundante, cf. de futuro— aristotélica, de liquor, lo quea, etc.

Última que el reciente descubrimiento de sepulcros, seguramente del siglo V o VI bajo el coro de la Catedral no se hubiera realizado en 1909 para que el illustre filólogo tuviera la satisfacción de apreciar por sus propios ojos que su teoría etimológica tenía parmaria comprobación en la Arqueología.

Solo nos resta aportar un dato más, cuya noticia debemos al incansable investigador compostelano don Jesús Carro. En la falda occidental del castro de Columbrados, cerca de Pontferrada, existe una villa llamada Compostilla, antiguamente Compostella, con ruinas de una pequeña población, acaso romana. Con seguridad, su posición es el nombre e villa de la necrópolis correspondiente. Con todo no debemos de observar a dificultad no sería, que encierra la «-ll» de sufixo a cuya solución no descendáramos por lo complicado más este ya bastante complicado artículo.

Será muy interesante verificar indagaciones filológico-arqueológicas en esta Compostilla, así como en las Compostelas gallegas de Meaurio (Herca, Orense), Manón (Lobios, Orense) y Abencos (Melillo, Círuña).

Perdone el lector —si es que la recelosa de alguno le permitid hasta sufrir llegar— la interminable extensión de estas áridas notas, y sírvale de consuelo pensar como ya se dijo en Grecia hace muchos siglos, que más tiempo le levó al que las compuso, v... que a investigación nunca vistió de su a.